



El cardenal Julián Herranz

IGNACIO GIL

Psiquiatra, jurista y sacerdote

Perfil

Médico, jurista, sacerdote, montañero, poeta... el cardenal Julián Herranz es un personaje brillante en muchos terrenos, pero con un talante afable y el don de la sencillez. Empezó a trabajar al servicio de Juan XXIII en 1960, en el organismo preparatorio del Concilio Vaticano II, que conoce desde antes de la apertura. Estudió bachillerato en el instituto Ramiro de Maeztu en Madrid, y heredó de su padre el amor por

la Medicina. Fue discípulo del profesor Jiménez Díaz, se especializó en Psiquiatría y pensaba ir a Alemania para opositar después a las cátedras vacantes en España. Su activismo político estudiantil le valió pasar una noche de calabozo e interrogatorios en los locales de la antigua Dirección General de Seguridad en la Puerta del Sol. También le gustaba el periodismo y, buscando datos sobre el Opus Dei, descubrió la espiritualidad de San Josemaría Escrivá de Balaguer. Fue un encuentro que cambió su vida. Conoce a Joseph Ratzinger desde hace 32 años.

«En mi corazón ya he canonizado a Benedicto XVI»

ENTREVISTA

Cardenal Julián Herranz Máximo jurista del Vaticano

- El presidente del Pontificio Consejo de Textos Legislativos considera que la renuncia del Papa es un gesto que corresponde al «alma de un santo»

JUAN VICENTE BOO
CORRESPONSAL EN EL VATICANO

El cardenal Julián Herranz (Baena, 1930) ha servido en el Vaticano desde 1960 a cinco Papas, todos ellos en proceso de canonización. Como presidente del Pontificio Consejo de Textos Legislativos, una especie de Tribunal Constitucional, el cardenal andaluz fue el máximo jurista con los dos últimos Papas. Discípulo del doctor Jiménez Díaz y médico psiquiatra, Julián Herranz descubrió un fuerte interés por el Derecho Canónico y una vocación sacerdotal. Su último servicio a Benedicto XVI fue presidir la comisión cardenalicia investigadora del «Vatileaks». Con eficacia y éxito plenos.

—Eminencia, usted estaba el lunes en la reunión de cardenales cuando el Papa les comunicó inesperadamente su renuncia. ¿Qué sintió?

—Primero tuve la reacción del jurista y luego la del cardenal. Para un canonista fue una sorpresa, primero por la precisión jurídica con que estaba actuando. Pero, sobre todo, porque un hecho de este tipo no tiene ningún precedente en la historia de la Iglesia.

—Pero en 1294 Celestino V...

—No se puede comparar con la renuncia de Celestino V hace siete siglos, pues son personas y situaciones muy distintas. Me quedó la sensación de haber sido testigo de un hecho único en dos mil años de historia de la Iglesia, perfectamente meditado en todas las dimensiones, tanto teológicas como jurídicas.

—¿Y qué pensó como cardenal?

—Como cardenal, como sacerdote y como fiel, tuve una sensación de tristeza, de que se me va una persona con la que he trabajado tantos años y que admiro profundamente. Al mismo tiempo, tuve una sensación como de gozo interior, de encontrarme ante de un hecho que revela gran santidad.

—¿Por qué motivo?

—Porque era un gesto de humildad heroica y de amor a la Iglesia, y por lo tanto a Cristo. Un gesto que corresponde perfectamente al alma de un santo. Es un tipo de humildad que hoy

no estamos acostumbrados a ver, especialmente en la vida civil, pues tantas personas se apegan a su sillón, al puesto de mando...

—¿Como deberían ver la renuncia los fieles de a pie?

—Desde el punto de vista espiritual, considerar el ejemplo de humildad profunda de este hombre, que ama sobre todo a Cristo y a la Iglesia. Y desde el punto de vista humano pueden considerarla como una cosa muy lógica. Hace un siglo era inconcebible. Ahora no, pues se ha prolongado mucho la esperanza de vida sin que —y esto lo digo como médico— se mantengan del mismo modo la capacidad orgánica y mental de las personas.

—Algunos fieles objetan que se pierda un poco el sentido de la sacralidad del Papado.

—Yo creo que eso no es verdad. El Papa es el vicario de Cristo, que era perfecto Dios, pero también perfecto hombre: que llora con una viuda a la que se le ha muerto un hijo, o llora por la muerte de un amigo. Esta perfecta humanidad se refleja en la humanidad de su vicario.

—A otros les preocupa que Benedicto XVI actúe de forma contraria a Juan Pablo II, que prefirió no renunciar.

—Veo diferencia, pero no oposición, entre el actuar de los dos Papas. En conciencia, delante de Dios, Juan Pablo II consideró que debía continuar. Y en conciencia, también delante de Dios, Benedicto XVI ha pensado que, por amor a la Iglesia debía hacer este gesto igualmente heroico e igualmente santo. Son dos formas distintas de comportamiento heroico en momentos distintos de historia de la Iglesia. Y personalmente considero que lo que ha hecho Benedicto XVI no es en absoluto bajarse de la Cruz.

—¿Sería preferible establecer la renuncia de los Papas a los 80 años, la edad en que cesan los cardenales?

—No creo que se deba fijar un límite de edad a los Papas. Se trata de una elección «ad vitam», «de por vida». Pero tampoco hay que convertirla en una condena a llevar ese peso «de por vida».



La opinión de los fieles

«Deben ver la renuncia como un ejemplo de humildad profunda de un hombre que ama sobre todo a Cristo»

Comparaciones

«Los de Juan Pablo II y Benedicto XVI son dos comportamientos heroicos en momentos distintos»

—A partir del 1 de marzo comenzarán las «reuniones generales» de cardenales de todo el mundo. ¿Cómo van a trabajar?

—En la primera parte de las «congregaciones generales», a las que asisten todos los cardenales, incluidos los de más de 80 años, se comienza por abordar cuestiones de tipo práctico y logístico. Después viene el examen de la situación de la Iglesia en el mundo. Se reciben estudios sobre la situación en cada continente, y también informes por temas, cuestiones positivas o negativas en el panorama de la evangelización en el mundo. Luego se discuten posibles soluciones a un problema y a otro... De ese modo, al definir las tareas, se ayuda a pensar como tendría que ser, el «identikit», el retrato robot de la persona más apta para afrontar esas cuestiones.

—¿Confía en que el Cónclave elija bien?

—Afortunadamente el Espíritu Santo está asistiendo a los cardenales, y esto se ve. Los últimos seis Papas han sido personas de una categoría extraordinaria, tanto humana como sobrenatural. Juan XXIII y Juan Pablo II están ya en los altares como beatos. Y se han abierto los procesos de canonización de Pío XII, Pablo VI y Juan Pablo I. Y si yo le digo en voz baja, en privado, que yo en mi corazón ya he canonizado a Benedicto XVI, escríbalo.